

Revista Cruz del Sur

2018

Año VIII

Número 28

ISSN: 2250-4478

<http://www.revistacruzdelosur.com.ar>

Ensayos
Notas y
Comentarios

El futuro ya no es lo que era. Una carta enviada desde España en 2050*

por

Antonio Carlos Pereira Menaut

(Univ. de Santiago, Galicia)

acp.menaut@usc.es

I. En cuanto uno baja del avión en Madrid, en este año 2050, lo primero que le llama la atención en las calles es la cantidad de cyborgs y robots, así como el hecho de que las personas, que parecen como de diseño, no tienen defectos físicos (no se ven dientes de conejo, orejas voladoras ni grandes narizotas). En realidad, la gente está muy distanciada de la naturaleza física y biológica; en lugar de vivir con cosas materiales, viven con datos ajenos a la esencia de las cosas (Flusser, cit. por B-C Han, *En el Enjambre*). No hay dinero físico. Las personas hacen muy pocas tareas con sus propias manos, mientras que las máquinas realizan muchas (coches autónomos, procesadores de texto, cámaras de control de tráfico, incluso algunas actividades más complejas, como asesoría jurídica básica, etc.), y las hacen mejor que los hombres. Éstos perdieron muchas capacidades de hacer cosas por sí, desde predecir el clima de mañana hasta cambiar una rueda pinchada, y casi todo se lo consultan a un médico.

En 1905, Chesterton concluyó Herejes diciendo: “la gran marcha de la destrucción mental continuará. [...] Se encenderán fuegos para testificar que dos y dos son cuatro. Se desenvainarán espadas para demostrar que las hojas son verdes en verano”. Eso ya no sucede; sucedió hace décadas; la era del sentido común ya pasó. Dado que el sentido común implica experiencia de la naturaleza humana, discernir bien/mal, sentido de la proporción, capacidad de

* Este artículo se basa en “A Letter from Spain in 2050”, *Crisis Magazine*, y ha pasado por sucesivas reelaboraciones hasta llegar a la presente, que es una ampliación y revisión total.

evaluar riesgos y de emitir juicios, casi nadie tiene sentido común. Los dispositivos electrónicos, originalmente destinados a conectarnos, generan aislamiento. Y tras décadas de aislar a las personas entre ellas, ahora las aíslan de la realidad. La tecnologización universal ha hecho a las personas perder diversas importantes aptitudes (S. Fitzpatrick, “La era de Android: más máquina que hombre”, Crisis Magazine, 4-I-2018), y el proceso no ha terminado, pues en pocas décadas habrá mucha gente que no haya trabajado ni sepa trabajar.

Las personas viven sus vidas siguiendo protocolos oficiales, los médicos recetan solo según los protocolos, y así todas las actividades sociales. Nada imprevisto sucede; nada “pone a prueba las almas de los hombres” (con palabras de T. Paine) excepto catástrofes naturales o deportes de alto riesgo, pero éstos sólo se practican bajo control oficial. El viejo adagio “la vida enseña”, ya no se cumple; quienes enseñan son la educación oficial, los protocolos oficiales y la industria del entretenimiento; la vida, no, porque nadie resuelve nunca un problema serio por sí mismo, sino acudiendo a un trabajador social o consultando algún protocolo oficial; nadie pastorea el ganado familiar, pues apenas existe, ni nadie vive en el campo. Cuando las personas tienen un problema, no les ayudan amigos o vecinos (que a lo mejor apenas tienen), sino funcionarios públicos, que al mismo tiempo que le ayudan le impedirán resolver las cosas por sí mismos, si es que lo intenten. Nadie menor de 50 años ha oído hablar de asumir la responsabilidad de sus actos libres, ni ha tenido nunca que tomar decisiones radicales e irrevocables, ni ha tenido que superar obstáculos o peligros serios. Nunca han pasado por las adversidades ordinarias que esculpían la personalidad humana y daban lugar al adagio mencionado.

Nadie, a menos que esté profesionalmente, capacitado, puede hacer por sí mismo cosas simples como curar enfermedades comunes y heridas de niños, o educar un hijo hiperactivo. Si sucede algo, debe referirse a las autoridades. Si encuentra usted una persona accidentada, no la lleve al hospital porque infringirá las normas legales de transporte de personas heridas y límites de

velocidad. Nunca trate de arreglar las cosas por sí mismo; llame al teléfono (gratuito) del departamento gubernamental competente.

Cuando ha pasado ya medio siglo del nuevo milenio, sólo una fracción de los españoles corrientes han sido engendrados en relaciones sexuales ordinarias. Sólo algunos tienen recuerdos de una niñez en una familia razonablemente estable bajo sus padres biológicos y con algunos hermanos o hermanas; y menos aun con abuelos, aunque hayan sido tan importantes para suavizar las despiadadas políticas anticrisis de hace cuarenta años. Lo normal es carecer de raíces, tanto desde el punto de vista territorial como personal. Dado que los árboles genealógicos se han vuelto extremadamente complicados, no se puede afirmar, por ejemplo, “Nosotros, los Woosters, tenemos nuestro código de honor desde los tiempos de las Cruzadas” (como dice el personaje de Wodehouse), porque no hay una línea clara de personas que, a medida que pasan las décadas, puedan seguir siendo reconocidas como claros e indiscutibles Woosters. Las relaciones interpersonales de los españoles, famosas durante siglos por sus fuertes sentimientos, son ahora débiles –sin excluir la relación madre-hijo-, e incluso transferibles (a nuevos compañeros o parejas, a nuevos hijastros). Por eso, los lutos y duelos se han vuelto más cortos, limpios y manejables (B-C Han). La amistad íntima es una rareza, incluso entre compañeros de clase. Pocos matrimonios ni parejas que uno ve por la calle nacieron de un par de adolescentes diciéndose románticamente algo así como “si me aceptas, te protegeré con mi vida”, como Nat Turner a su prometida, Cherry, en “The Birth of a Nation”. Es la ausencia de esos fuertes compromisos personales del tipo de “Alma, Corazón y Vida”, lo que ha hecho que las relaciones personales sean débiles, transferibles y borrables (el duelo por los padres o el marido). Mucha gente tiene en su vida un promedio de tres parejas más o menos estables, según las fases y edades. Comprensiblemente, estas personas maleables y sin raíces son, *eo ipso*, más controlables.

Otro aspecto interesante es que se ve gente que sobra. Para las necesidades de bienes y servicios de un país desindustrializado del

2050, sólo se necesita una pequeña fracción de la fuerza laboral existente, aunque ya no sea grande. Los ancianos son millones, al igual que los jóvenes desempleados, todos dóciles, inmaduros y sin ningún proyecto ambicioso de vida; así que para mucha gente, los salarios sociales son una forma de vida. Fuera de lo políticamente correcto –el guión según el cual la gente piensa y se comporta-, es muy difícil generar una visión socialmente compartida o un agreementon fundamentals. Apenas hay personas excéntricas, ni siquiera en las universidades, y también son raras las grandes personalidades, porque no se dan las circunstancias vitales que eran la tierra en que crecían las plantas de las personalidades humanas. Pocas pandillas de niños traviosos pueden verse del tipo de Guillermo, el personaje de R. Crompton, excepto entre hijos de inmigrantes y ningún adulto joven recuerda lo que es salir huyendo de la policía con un amigo tras una pequeña gamberrada. Penrod, el niño-piel del diablo del libro de B. Tarkington, no podría existir aquí, y, si existiera, estaría bajo supervisión terapéutica.

II. La gente común vive sus vidas como una sucesión de etapas previamente reguladas y a las que uno se conforma; de lo contrario, será un desviado, a tratar por el psiquiatra. Comprensiblemente, la libertad es escasa, aunque cada cuatro años los españoles elijan entre un puñado de políticos difícilmente distinguibles, pero la libertad no es cosa que la gente eche mucho de menos. Como la vida es una sucesión de etapas previamente reguladas, las personas no desarrollan cualidades brillantes ni tampoco aquellas antiguas virtudes prudenciales para la vida cotidiana, que están atrofiadas. No existe sabiduría popular, y casi nadie desarrolla su propio sentido común; nadie confía en sí mismo, a menos que haya hecho un master americano de Self-reliance. Los poderes públicos, los grandes medios y la industria del entretenimiento establecen las líneas principales de la mentalidad social. Controlado el lenguaje, controladas las palabras, controlado el pensamiento. La gente celebra lo que se espera que celebre: madres en el Día de la Madre, mujeres en el Día de la Mujer, y así sucesivamente. Mucha de esa gente carece de trabajo estable y no tiene dinero, pero afirman vivir

en una sociedad libre, justa y democrática. Sólo unos pocos son los “capitanes de sus almas”, y muchos ni entienden por qué deberían intentarlo.

Todos son vigilados, en primer lugar por cámaras, todo el tiempo, hasta en la cola de la panadería. La vigilancia es universal —lo que dices cuando tomas una cerveza, la forma en que crías a tus hijos, lo que dices en familia— y nadie se queja, porque la vigilancia ahora la realiza no solo el gobierno sino también tu vecino (por ejemplo, si das una patada a tu perro), tu supermercado, los empleadores a los empleados, los empleados entre sí... La policía y Google saben en todo momento dónde está todo el mundo. Dentro de las empresas hay canales que garantizan el anonimato para denunciar blanqueo de dinero, violencia machista, defraudación de impuestos, lenguaje sexista y todo lo que al gobierno parece mal.

Una vez controlado todo lo que se hace y dice, poco falta para el control total de lo que se piensa. En cambio, no es preciso controlar lo que se desea porque ya lo induce Google. Las decisiones en materia de salud están particularmente influenciadas por los teléfonos móviles. La capacidad de las personas para escapar del control —si lo intentaran—, sería escasa. Y dado que el Gobierno, la UE y Google saben todo sobre usted, poca necesidad hay de espiarle tradicional y abiertamente. Desde que existe el Internet de las cosas, nuestras mismos objetos están revelando ininterrumpidamente información sobre nosotros. Los big data han aumentado la predictibilidad y el condicionamiento de nuestro comportamiento, dando otra vuelta de tuerca al control total.

En 2050, los jueces que emiten sentencias (sólo algunas son emitidas por jueces humanos) lo hacen con total transparencia, porque todo lo que todos hacen (e incluso lo que hicieron en el pasado) puede ser visto por todos, y los errores e incorrecciones del pasado nunca se perdonan. En este régimen de vigilancia universal y cuasi-totalitarismo transparente, las personas nunca se manifiestan abiertamente, excepto en grupos muy pequeños y sin cámaras de vigilancia ni teléfonos móviles conectados. Con el tiempo, casi nadie recuerda (ni, por tanto, echa en falta) unas

relaciones interpersonales o de grupo espontáneas; nadie da por sentada una confianza mutua inicial. Como era de esperar, el capital social ha disminuido. En eso la situación es peor que en las antiguas autocracias, porque la gente se comportaba al exterior como se esperaba oficialmente, pero si nadie les veía, pensaba (y, a veces, decía, e incluso hacía) lo contrario, cosa que ahora es imposible porque la gente piensa dentro del marco políticamente correcto. Como todo el mundo sabe lo que dices y haces, la libertad de expresión es casi impracticable. Además, no puedes decir nada que pueda ofender a ningún grupo social, sean los visigodos o los coleccionistas de mariposas. Y la autocontención de la libre expresión ha llevado, con el tiempo, a la autocontención del pensamiento, como manera de adaptarse a un mundo de transparencia y vigilancia totales.

III. El bio-poder, que en tiempos fue una notable novedad, pasó de moda al comenzar la segunda mitad del siglo XXI, pues el psico-poder es tan efectivo que, por ejemplo, la “Waron Terror” ya no es necesaria. Este control psicológico omnipresente, produce un cuasi-totalitarismo (Han, Enjambre). Según una tendencia ya vieja, la agenda política realmente no es de naturaleza política: la persona humana y su cuerpo, corazón y mente, el homo tantum, los cyborgsy robots, comportamiento personal y cultura, ecología y control de la población mundial. La división de poderes, el sistema electoral o el federalismo no interesan a nadie. Los gobiernos y agencias internacionales ya no pretenden aparentar que todos somos iguales; las desigualdades políticas, económicas y generales, que son muchas, están consolidadas y no se esconden. Tampoco pretenden aparentar que la dignidad humana sea inviolable; la dignidad aun se menciona, pero poco, y como una reliquia para historiadores políticamente incorrectos. La presunción de inocencia también pertenece al pasado; es incompatible con la transparencia total, que todo esté montado sobre la sospecha y la desconfianza hacia el hombre medio, y buscando (y consiguiendo) su sometimiento. La corrección política ya no pretende incluir la democracia como gobierno del pueblo; que está muy mal vista y

prácticamente ha desaparecido, y no sólo por razones políticas o económicas, o por las dificultades para expandir la democracia a escala mundial, sino simplemente porque si las personas no hacen nada por sí mismas en sus vidas personales, menos lo harán en política. Todos los problemas, por simples que sean, se consultan a un experto (por ejemplo, cuánto jugará su hijo a los videojuegos), así que los asuntos antes naturales, como el embarazo, se convierten en asuntos de expertos; casi todo cae dentro de la jurisdicción de expertos y sale, *eo ipso*, de la jurisdicción del *bonus paterfamilias* (aparte de la dificultad de encontrar *boni paterfamilias*). La categoría de las cosas que la madre naturaleza nos preparó a todos para hacer por nosotros mismos –cómo ser padres, cómo ser hijo-, han desaparecido. La gente está infantilizada y es supervisada médicamente, por lo que carece de toda iniciativa fuera de su terreno profesional (cuando tiene una profesión).

También el Derecho ha cambiado; ahora es casi igual en todo el mundo, y básicamente anglosajón o anglosajonizante. El Derecho español, así como las ricas y plurales tradiciones jurídicas españolas, cedieron el paso a unas leyes adecuadas para competir en un único mercado global, habitado por personas fungibles que constantemente sobrevuelan el planeta de un trabajo a otro, y que por tanto necesitan registrarse siempre por la misma ley. España es ahora un país de una mezcla de commonlaw en lo comercial y Derecho europeo en el resto; lo que queda de Derecho español está a punto de pasar a la historia. La antigua variedad de leyes, costumbres e instituciones legales ha quedado uniformada. Además, el Derecho, ahora, en lugar de ofrecer espacio para el libre albedrío, consiste en una miríada de normas legales que regulan situaciones orientadas a la eficiencia económica, en las que simplemente se verifica si las personas y sus acciones se ajustan o no a la situación de que se trate. Tradicionalmente, las leyes las hacían los legisladores (la potestas), pero el Derecho era obra de los juristas (la auctoritas: jueces, comentaristas, iurisprudentes); ahora el Derecho consiste en mandatos legales y sentencias judiciales emitidas por tribunales muy activistas, a menudo supranacionales.

El Derecho romano decía que *hominum causa omneius constitutumest*; ahora, el Derecho no se centra en el libre albedrío ni en acciones libres, porque ha dejado de ser antropocéntrico. Desde que la inteligencia artificial se aplica masivamente en el Derecho: las decisiones automatizadas, que ya existían, han aumentado mucho; un número considerable de tareas jurídicas se realiza sin intervención humana.

En esta segunda mitad del siglo XXI, según una tendencia iniciada hace cincuenta años, el Planeta es gobernado por una jurisdicción universal y una serie de comités mundiales de expertos, mientras que las antiguas entidades sociales autogobernadas, y señaladamente las universidades, han desaparecido o están irreconocibles. España —que a efectos prácticos viene siendo un gran protectorado alemán de habla inglesa— goza de muy escaso autogobierno y los españoles son famosos por ser un pueblo ordenado, legalista y sumiso a las normas europeas. Nada saben, ni parece importarles demasiado, sobre Cortés, Pizarro, el Inca Garcilaso o Las Casas. A su vez, la UE, superada por la globalización, y atrapada en la hoja de ruta que le asignan los poderes mundiales, es un actor político de segundo nivel. Más de la mitad del territorio español está muy deshabitado y casi desertizado; algunas entidades territoriales históricas, antiguos reinos, principados y condados, tras un período de envejecimiento y despoblación, prácticamente han desaparecido, salvo de los mapas; mientras que Madrid es una ciudad monstruosa de 25 millones de habitantes.

La gente está tan entremezclada y es tan poco estable que el lugareño apenas existe. Los ricos folclores y las variadas particularidades culturales de España, son ahora espectáculos turísticos o atavismos de museo. Pero nótese que al folclore no lo mató el multiculturalismo, sino el exceso tecnológico, la tiranía financiera y eficientista, la atomización de la sociedad, la ruptura de los vínculos sociales y el desarraigo de la gente. Sólo los musulmanes, y no todos, parecen mantenerse fieles a su identidad.

IV. Existe una sola religión global, o más bien una religión sustitutiva y genérica, tipo New Age, que no se distingue fácilmente de la ética, los derechos humanos, la ecología y la amabilidad de trato. (O quizás fuera más preciso decir, más bien, que todas las confesiones, excepto el Islam, operan dentro de la forma mentis cultural y ética dominante). La moralidad positiva vigente es puritana e intolerante para con los desviados, y con un puritanismo justicierista más estricto que nunca. Las religiones que no encajan en la narrativa dominante (sea enseñar creación en lugar de evolución, no enseñar ideología de género, predicar que la religión no permite el matrimonio homosexual, sostener que las leyes tributarias pueden ser desobedecidas) pueden ser castigadas por ley, porque la cuasi-religiosidad oficial actúa como una especie de orden público, exigible por los jueces y la policía. Los desviados son escasos, sobre todo los desviados morales, porque la moral ha cedido el paso a una ética impuesta públicamente. Otra razón por la cual no existe una moral sustancial es que los procesos morales dejaron paso a los psicológicos, éstos a los biológicos, y éstos a los algoritmos. Los psiquiatras, que en tiempos fueron los médicos más abundantes, ahora son raros porque las personas no sufren tales desórdenes y, para los pocos casos que hay, los trabajadores sociales son suficientes.

Por primera vez en muchos siglos, las artes liberales, los clásicos, la Biblia, Grecia, Roma, Sócrates o Cicerón han desaparecido de la visión pública de la gente, que al no tener noción alguna del patrimonio histórico cristiano y humanístico, ha añadido otra vuelta de tuerca a su propia docilidad. En los tiempos que corren, España, como otros países, es un país prácticamente de habla inglesa. A los menores de 40 años le hablaron en inglés sus padres ya desde la infancia. El lenguaje específico por sexos – esposo, esposa, mujer, hombre, hija, hijo- está prohibido por ley, pero como desapareció hace tiempo, la prohibición no molesta ni se comenta.

El exceso de información y la inabarcable cantidad de datos, han hecho a las personas incapaces de distinguir lo real de lo irreal (la realidad desapareció de la visión pública hace décadas). Inundados

como están por la información masiva, carecen de la capacidad de discernir.

De todo ello resulta un ser humano aislado y fungible, listo para ser enviado a trabajar durante unas semanas en las Antípodas y luego a otro rincón del mundo, allí donde su empresa transnacional decida (el mantra es: “hay que ir a donde está el trabajo”, y no al revés), independientemente de la familia, que muchos no tienen ni piensan en formar (la mayor parte de los hogares sin niños pequeños son unipersonales desde hace tiempo).

V. Post scriptum de 2084

Al visitar de nuevo España, 34 años después, encontramos que, contra todo pronóstico, las cosas están cambiando. Como dijo Bauman, la conciencia moral estaba adormecida, tal vez anestesiada, pero no muerta. La naturaleza humana cabalga de nuevo. Algunas personas encontraron, en unas estanterías de una biblioteca pública, unas antiquísimas películas americanas con historias de amor y coraje, que luego mostraron a sus conocidos. Al mismo tiempo, otras personas ricas, anteriormente conectadas con la industria digital, desde hace dos o tres décadas envían a sus hijos a escuelas que enseñan artes liberales y están libres de internet, como los lugares libres de humo de tabaco.

Los desastres naturales y el cambio climático han hecho que la gente retire su confianza a gobiernos y expertos. Como dijo Michael Gove hace tiempo, “la gente en este país [Gran Bretaña] está harta de expertos”. A raíz de unas serias inundaciones, incendios horribles y sequías severas, la idea del crecimiento económico y el cambio tecnológico ilimitados ha dejado de ser indiscutida, de la misma manera que la idea de agotar las materias primas ha dejado paso a redistribuir la riqueza existente. El imparable calentamiento global ha dejado claro a la gente común, incluso a los desinformados, que los gobiernos y los tecnócratas ya no tienen las cosas bajo control, de modo que la confianza en la tecnología para resolver problemas, antes dada por sentada, ha muerto. Además, al darse cuenta de que la tecnología y la economía financiera han generado una pobreza y desigualdad sin

precedentes, la gente se ha desencantado de la economía financiera y la tecnologización universal, y algunos han descubierto que la vida simple y natural puede tener más sentido. Tras experimentar en sus propias vidas que el individualismo materialista les empobrecía y convertía en piezas mecánicas (y a menudo sobrantes), dejaron de lado las verdades oficiales y se apartaron también del hedonismo materialista y el consumismo inconsciente y buscaron formas de vida más solventes, que a más de uno le ha llevado a redescubrir la religiosidad. Habían sido educados en el individualismo del “Quiérete” y preparados para vivir solos, sin necesitar a nadie, pero la pobreza y la escasez de sus salarios sociales les hizo redescubrir las ventajas de colaborar en pequeñas comunidades y de tener alguien a quien recurrir, especialmente si desde la propia familia (con lo que también redescubrieron la familia). Del mismo modo, han redescubierto la sensación de hacer cosas materiales por sí mismos.

Por último, se ha hecho evidente que el gobierno mundial está dirigido por personas falibles, algunas no particularmente inteligentes, y otras, corruptas. Si, como escribía Chesterton a principios del siglo XX, quienes creen en el estado creen realmente en quienes manejan el estado, quienes ponían su confianza en el gobierno mundial la ponían realmente en las personas que dirigían esos poderes mundiales. Las agencias de la ONU, la UE y demás han mostrado repetidamente que no necesariamente buscan el bien común (aparte de la dificultad de identificar un bien realmente común a todo el universo), y que cuando lo buscan, es siempre a su discutible manera. Así que todo ello hizo renacer, y aun reforzó la tendencia a desconfiar de todos los poderes y gobiernos, redescubriendo el sentido común, el juicio propio y la necesidad de poner un mínimo de moralidad y sentido en la vida. Como la economía y la tecnología, orientadas desde arriba, habían sido a menudo hostiles a la gente común, redescubrieron también la necesidad de gobernarse por sí mismos todo lo posible, comenzando por las pequeñas ciudades.